

BEATO DE LIÉBANA, PROFETA DEL MILENIO

Por MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ

Hace mil años, al borde del primer Milenio del nacimiento de Cristo, la Cristiandad europea vivía obsesionada por el final de los tiempos, sometida a lo que ha dado en llamarse “los terrores del Milenio”, tratando de descubrir en las señales, en los prodigios y en los acontecimientos una prueba de que se acercaba el gran día de la segunda venida de Cristo, anunciada y descrita en uno de los libros más difíciles de entender y más enigmáticos de los que componen la Biblia cristiana: El *Apocalipsis* de Juan, el último libro revelado.

La Cristiandad europea no había conseguido librarse de la amenaza de los vikingos, que habían desarticulado la frágil estabilidad conseguida por Carlomagno a comienzos del siglo IX. Tras un siglo de saqueos en Francia, Inglaterra e Irlanda, parecía que el peligro había sido conjurado, aunque aún persistían en estos dos últimos países brotes de violencia protagonizados por bandas incontroladas de daneses y noruegos. Los terribles magiares, los *ugri* u “ogros” de las leyendas populares, habían sido derrotados cincuenta años antes por Otón I, el fundador del nuevo Imperio europeo, que había tomado el relevo del Imperio carolingio. Pero en la Italia del sur persistían los ataques de los musulmanes que, desde hacía tiempo, controlaban el Mediterráneo occidental, un mar en el que, como escribiría el gran historiador tunecino de origen sevillano Ibn Jaldún, los europeos “no conseguían hacer flotar ni una tabla”. Y, desde luego, en el extremo sur de Europa,

en la vieja Hispania, el Califato de Córdoba, dirigido por Almanzor, golpeaba inmisericorde, uno tras otro, todos puntos neurálgicos de una España cristiana, fragmentada y débil, incapaz de ofrecer la más mínima resistencia a las tropas cordobesas que, año tras año, iban dejando en su piel y en su memoria un terrible reguero de incendios, destrucciones y cautiverios: Zamora (981), León (984), Barcelona (985), Coimbra (987), León de nuevo (988), Santiago de Compostela (997), Pamplona (999) y Burgos (1000). Dos años más tarde, en Medinaceli, moría Almanzor, de regreso de su última expedición contra Castilla. Y un monje del monasterio de Poblet anotaría el acontecimiento en un diploma con este comentario: *et sepultus fuit in inferno*.

Había, sin duda, motivo para los “terrores”, no unos terrores psicológicos producto de la imaginación o de la predicación de algún exaltado milenarista de los muchos que agitarían la conciencia y los miedos de los europeos a lo largo de la Edad Media. Se trataba de miedos y de terrores físicos y perfectamente tangibles. Los musulmanes en el sur; los normandos en el oeste, y, por todas partes, la violencia de la primera edad feudal en la que los señores hacían y deshacían a su antojo en una época en la que -con la excepción de Alemania e Italia- no existía poder capaz de hacer frente a la violencia de los poderosos. La Iglesia hacía lo que podía, difundiendo en medio de fuertes resistencias la institución de la *paz o tregua de Dios*: algunos días a la semana o al año en que estuviese prohibida la guerra y la violencia. Había otros miedos, producto de la ignorancia, en esa Europa oscura, desarticulada y pobre; esa Europa que había regresado a la barbarie y que estaba viviendo, falta de medios y de conocimientos técnicos, la que Le Goff ha denominado con acierto la *Edad de la madera* ya que todo -casas, iglesias, monasterios e instrumentos- se hacía de ese materia-. Y, por si fuera poco, las hambres y las epidemias que asolaban con cierta frecuencia un mundo empobrecido y permanentemente situado al borde del desastre. El miedo podía ser, y de hecho era, real.

Es cierto que el sombrío panorama se alumbraba apenas con una cierta recuperación demográfica en algunas regiones de Francia y que la restauración imperial de los Otones permitía abrigar alguna esperanza de recuperación. Pero de esto eran cons-

cientes sólo algunos privilegiados o algunos optimistas, como Otón III y su maestro, Silvestre II, el papa del año 1000, un antiguo monje llamado Gerberto de Aurillac, un sabio con fama de nigromante, elevado al pontificado por su antiguo discípulo.

Todos estos son hechos constatables, que cualquier historiador bien informado podría asumir. Subsiste, sin embargo, el problema los terrores del año mil. ¿Qué hay de cierto en todo ello? ¿Se trata de una invención de la historiografía romántica o hay algo de real en ese lugar común de la historia europea? ¿Sobre qué bases se ha construido esa creencia?

En el origen de los famosos “terrores del Milenio” está una serie de cronistas. El primero en el tiempo fue Abbon de Fleury, que escribía allá por el año 998, y que refiere que siendo joven “había oído en París a un predicador que anunciaba para el año 1000 el fin del mundo”. Pero el autor que ha servido de base a la construcción historiográfica del Milenio es Raúl Glaber, un monje cluniacense, fallecido el año 1050, tras una vida agitada de monje vagabundo. Su obra principal -que ha servido de fuente para los defensores de los terrores del milenio- es una *Chronica* en la que refiere de forma desordenada lo ocurrido en el mundo -más bien en “su” mundo- entre el año 900 y 1045. Raul Glaber estaba convencido de que “cumplidos los mil años [del nacimiento de Cristo], “Satanás pronto será desencadenado y aparecerá”. Y detecta las señales del final de los tiempos en espantosos meteoros como el ocurrido el año 1000, “en el mes de septiembre, al filo de la noche” y que “permaneció visible cerca de tres meses”. “Su resplandor -añade- era tal que parecía llenar la mayor parte del cielo, hasta que desapareció al sonar el canto del gallo”. Otra señal fue la destrucción por un incendio de la iglesia de San Miguel Arcángel, en el santuario normando de Mont Saint Michel. Glaber completa su catálogo de desastres anunciadores del final de los tiempos refiriendo la epidemia desatada en el año 997; la aparición de nuevas herejías y las grandes hambres. “Se creía -comenta- que el orden de las estaciones y las leyes de los elementos que hasta entonces habían gobernado el mundo, habían caído en el caos eterno y se temía el fin del género humano”.

Pero pasó el año Mil sin que nada sucediera. Quedaba aún otro Milenio que celebrar: el de la Redención, que debía tener

lugar el año 1033. Glaber, que había acumulado señales del final de los tiempos en torno al año Mil, no tiene empacho en declarar que, “más o menos tres años después del año Mil, la tierra se empezó a cubrir de un blanco manto de iglesias [...] Era como si la tierra entera, sacudiéndose, hubiese eliminado todo lo viejo”. En ello coincide con otro cronista de la época -Diethmar de Merseburgo- quien nos dice que “llegado el milésimo año después del parto salvador de la Virgen sin pecado, viose brillar sobre el mundo una aurora radiante”.

La atención de Raoul Glaber se centró entonces en el año 1033 sobre el que acumula todo tipo de desastres:

"estalló por todo el orbe -escribe- la hambruna y se corrió el riesgo de que casi la totalidad del género humano muriese. Las condiciones atmosféricas se hicieron tan desfavorables que no había momento adecuado para la siembra y, sobre todo a causa de las inundaciones, no hubo forma de recoger la cosecha... Lluvias continuas habían empapado toda la tierra hasta el punto de que durante tres años no se pudieron excavar surcos capaces de recibir la simiente... Entretanto, cuando se hubieron comido los animales salvajes y los pájaros, los hombres, llevados por el impulso de un hambre devoradora, se pusieron a recoger para alimentarse todo tipo de carroñas y de cosas horribles de contar... En fin, el horror nos sobrecoge al contar las maldades que reinaron entonces sobre el género humano. ¡Ay de mí! ¡Oh dolor! Cosa raramente oída en el curso de los siglos, un hambre furibunda hizo que los hombres devorasen carne humana..."

Henri Focillon, en un estudio clásico, ha demostrado que Glaber manipuló los datos a su antojo y que concentró en un año determinado acontecimientos ocurridos en fechas anteriores o posteriores. Pero, desde el punto de vista de Glaber, milenarista convencido, tanto daba una fecha como otra; tanto daba el año Mil como el año 1033 que fue, al fin y al cabo, el año del milenio de la muerte de Cristo, el milenio de la Redención. Y, en cualquier caso, el año mil preanunciaba acontecimientos inminentes.

Ciertos o no los terrores del milenio, el milenarismo, es decir, la idea del final de los tiempos en un momento más o menos próximo no se desarraigó de la conciencia europea, a pesar de que todas las previsiones resultasen fallidas, como sucediera el año 1000 o el año 1033.

La persistencia del mito, de la creencia y expectativas milenaristas nos muestran bien a las claras que se trataba de algo profundamente enraizado en el subconsciente colectivo. Y es que, desde los primeros tiempos del Cristianismo, estaba profundamente arraigado entre los cristianos el convencimiento de la inminencia del final de los tiempos; la idea de que pronto iba a producirse la anunciada *Parousía* o venida del Cristo triunfante, para juzgar, como se afirma en el Credo o Símbolo de los Apóstoles, a vivos y muertos, e instaurar un reino de justicia que nunca tendría fin. Todo ello había sido anunciado en el *Apocalipsis* del apóstol San Juan, que se convirtió en el libro más leído de la Biblia.

Pero nada de esto era nuevo a la altura del año Mil. Durante siglos, los comentaristas habían tratado de desentrañar el significado oculto del Apocalipsis, el valor de sus símbolos, la magia de sus números, el terrible fulgor de las visiones alucinadas del anciano apóstol encerrado en la isla de Patmos.

Los teólogos griegos y latinos se debaten, desde el siglo II, entre la interpretación literal y la interpretación simbólica del texto del Apocalipsis. Desde San Agustín, que fue testigo del hundimiento del Imperio Romano -algo considerado, hasta por los cristianos, como estable y cuasi-eterno-, la idea milenarista parece experimentar un retroceso, hasta desaparecer casi por completo. Pero esta impresión no es del todo cierta. El Apocalipsis siguió siendo un libro muy leído. San Jerónimo había escrito un extenso comentario -que no fue en modo alguno el primero en el tiempo-, y después de él otros muchos autores escrutaron sus páginas misteriosas y arcanas. El milenarismo no había desaparecido. La prueba de ello son los *Comentarios sobre el Apocalipsis*, de Beato de Liébana que, desde su redacción en los finales del siglo VIII hasta bien entrado el siglo XIII fue, junto con las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla, uno de los libros de mayor circulación en Europa. Con o sin miniaturas. Porque éstas -a pesar de su belleza sobrecogedora y de su indudable influjo sobre la iconografía románica y gótica- no se superponen o se sobre-imponen al texto, sino que dimanan de él y son criaturas suyas.

* * *

La obra de Beato de Liébana es todo un monumento impresionante de erudición e interpretación. Escrita a fines del siglo VIII, alcanzaría una enorme difusión desde comienzos del siglo X, en que comienza a circular acompañada de representaciones de una impresionante belleza: la pintura llamada “mozárabe”. Hoy nos fijamos más en las imágenes que en las palabras a las que ilustran, imágenes que hacen de estos códices preciados objetos del deseo de los modernos coleccionistas de facsímiles de calidad. Los historiadores del arte, desde Domínguez Bordona a Yarza, pasando por Camón Aznar y otros ilustres especialistas, han llamado la atención sobre la imagen, sobre esa serie de representaciones en las que los artistas, casi todos ellos anónimos, del siglo X y de otros siglos hasta el XIII trataron de visualizar pasajes diversos -espectaculares y llamativos- de un texto alucinante como pocos dentro de la tradición literaria judeo-cristiana. Pero antes que la imagen fue el texto: el Apocalipsis de San Juan, por supuesto, y los comentarios, específicamente, de Beato de Liébana.

Por ello, para que los códices miniados del Beato no sean algo absolutamente ininteligibles es preciso saber quién fue y qué aportó al entendimiento de este texto Beato de Liébana, y en qué contexto y con qué intención Beato se lanzó a la composición de un libro de difícil lectura sobre el que, ya a fines del siglo VIII, existía una bibliografía más que abundante y controvertida.

Tratemos de responder a la primera de las cuestiones: ¿quién fue Beato de Liébana? La verdad es que es muy poco lo que sabemos de la vida de Beato. Por no saber, ignoramos cuándo nació, aunque se supone que debió ser en torno al año 730. Debió morir después del año 799, tal vez hacia el año 804, lo que tampoco es mucho decir.

Todo parece indicar que nació en la Liébana o, al menos, allí vivió la mayor parte de su vida. Él se consideró desde luego lebaniego, aunque no se sabe si nació allí de padres cántabros o, como suponen otros, llegó allá siendo niño, traído con otros muchos por el rey Alfonso I tras alguna de sus victoriosas campañas contra el sur islámico orientadas a crear entre Asturias y al-Andalus una tierra de nadie, el famoso “desierto estratégico” de que hablara Sánchez Albornoz.

Fue monje -presbítero le llamará años más tarde Álvaro de Córdoba- en el monasterio de San Martín, conocido hoy como de Santo Toribio de Liébana. Probablemente llegó a ser abad del cenobio, como afirma su contemporáneo y corresponsal el monje sajón Alcuino de York, consejero y maestro de Carlomagno.

Elipando, arzobispo de Toledo, con quien Beato polemizó agriamente, le acusó de llevar una vida disoluta, “dado a la lascivia de la carne”, y de acostarse con prostitutas y de ser poco piadoso. Evidentemente, el testimonio de Elipando, por su evidente parcialidad, no puede ser tenido en cuenta. Por el contrario, gozó fama de hombre piadoso y sobre todo de sabio. En su monasterio logró reunir una biblioteca de cierta importancia. En ella -como se prueba por los autores citados en sus obras- estaban, además de la Biblia, las obras de San Gregorio Papa, Isidoro de Sevilla, San Jerónimo, San Agustín, San Ambrosio, San Fulgencio, Orígenes, Casiano, San Cipriano, San Cirilo y otros muchos, entre ellos, Ticonio, autor de un comentario al Apocalipsis que conocemos a través de las citas de Beato. Probablemente muchos de estos libros llegaron a la Liébana traídos por monjes y clérigos mozárabes que huían del dominio de los musulmanes. Sabemos hasta el precio de un libro en la Liébana en tiempos de Beato: tres vacas preñadas, según consta en un documento del año 796 publicado por Luis Sánchez Belda.

El año 776 compuso la primera versión o edición de su obra capital: el *Comentario del Apocalipsis*. Es probable que por entonces fuese requerida su presencia en la corte del rey asturiano Silo, padre del futuro Alfonso II el Casto. La muerte prematura del rey Silo en 783 le haría regresar a su monasterio de la Liébana. Con todo, estuvo atento a lo que sucedía en la corte asturiana. Y así, en octubre del 785 asistió a la profesión como religiosa de Adosinda, viuda del rey Silo, quien, como todas las reinas viudas, siguiendo la tradición visigótica, debió recluirse en un monasterio.

Hacia el 785 se inicia una etapa de frenética actividad en la vida hasta entonces tranquila del monje lebaniego. En efecto, en la toma del hábito de la reina Adosinda, al que, como hemos dicho, Beato asistió, junto con su discípulo y amigo Eterio, obispo de Osma, se conoció una carta de Elipando, arzobispo de To-

ledo, en la que atacaba ferozmente a Beato y Eterio por oponerse a su doctrina acerca del misterio de Cristo, quien -afirmaba el toledano- “en cuanto hombre, debe ser considerado como hijo adoptivo de Dios”, lo que, en opinión de Beato y de otros muchos suponía “un concepto cuando menos confuso sobre la persona única de Cristo”.

La carta de Elipando, difundida por toda Asturias en 785, era un ataque personal y virulento contra Beato, a quien reprocha su soberbia y arrogancia, y como supremo argumento le espeta el famoso exabrupto de que “¿Cuándo se ha oído decir que los de la Liébana vayan a enseñar a los de Toledo?”. Y concluía con esta otra perla dialéctica: “Ahora una oveja sarnosa se quiere convertir en nuestro doctor”.

De regreso a su monasterio, Beato inició la composición de su *Apologético*, con el que refutaba la doctrina adopcionista de Elipando. La obra estaba terminada meses más tarde y la firman Beato y Eterio.

En el año 786 concluye la segunda versión de su *Comentario al Apocalipsis*. Dos años más tarde escribe su famoso himno a Santiago *O Dei Verbum*, que constituye la primera manifestación del incipiente culto al Apóstol, años antes de que se descubriese en Compostela su sepulcro. En él le proclama Patrono de España y solicita su protección para ésta y para el rey Mauregato de Oviedo.

Para entonces la polémica adopcionista había traspasado los Pirineos. En el año 788 se celebró un concilio en Narbona en el que se condenó a Elipando y a Félix de Urgell. Cuatro años más tarde, en Rastibona, el obispo Félix abjuró de sus ideas. Elipando, en cambio, siguió defendiendo el adopcionismo, hasta el punto de escribir a Carlomagno una carta en defensa de Félix, en la que ataca a Beato.

El año 794 Carlomagno convocó en Francfort un gran concilio al que asistieron 300 obispos de Francia, Italia y Germania, en el que se condenó sin paliativos la herejía adopcionista. No obstante la polémica prosiguió durante algunos años, interviniendo en ella Alcuino de York, quien mantuvo contacto epistolar con Beato, lo que es buena prueba de que su fama de sabio y de defensor de la ortodoxia había traspasado las fronteras del pequeño reino asturiano para llegar a la corte de Carlomagno.

Pero, sin duda, Beato pasaría a la historia no tanto como polemista en defensa de la ortodoxia, sino como comentarista solvente del libro del Apocalipsis. Y la pregunta surge por sí misma: ¿Qué fue lo que llevó a Beato a dedicar todas sus energías a comentar y desentrañar un texto de tan difícil inteligencia como el Apocalipsis? No fue la polémica sobre el adopcionismo, ya que, mucho antes de tener noticia de las ideas de Elipando, Beato había redactado la primera versión de su comentario. ¿Qué entonces? Sin duda alguna, el convencimiento de que las profecías del Apocalipsis estaban a punto de cumplirse.

Beato, ha escrito González Echegaray, “compartía la creencia de que la Parusía o fin del mundo estaba muy cercana. No sólo en las postrimerías del siglo X iba a cundir el terror de la proximidad del fin del mundo, sino que ya, en los finales del siglo VIII, estaba extendida por toda Europa la creencia de que en el año 800 sobrevendría el final de los tiempos. Esta creencia se basaba en la idea de que el mundo creado cumpliría entonces los seis mil años de su existencia. El nacimiento de Cristo, según los cálculos antiguos, habría tenido lugar hacia el año 5200. Resultaba así que el temido año 6000 -el término de la sexta edad- habría de coincidir con el 800 de nuestra Era, o a lo sumo con el 801”.

Y no era sólo Beato quien así pensaba. En el año 787, el anónimo autor de la vida de San Pardoux escribía: *Mundi terminum appropinquantem indicia certa manifestant...* [Indicios ciertos ponen de manifiesto que se aproxima el fin del mundo]. Para Beato esos indicios formaban parte de la realidad cotidiana y no había que indagar mucho para hacerlos patentes: por todas partes reinaba la ruina; la Iglesia de Dios era perseguida y los templos profanados; los justos —esos monjes que debieron traer a la Liébana algunos de los textos empleados por Beato— buscaron entonces la seguridad que les ofrecían las montañas del norte, y por todas partes surgían falsos profetas como Elipando que trataban de confundir y engañar a los fieles. No cabía la menor duda: El Anticristo andaba suelto. Habían llegado los días de persecución y sufrimientos anunciados en el Apocalipsis. Y no sólo se disponía de indicios: Se estaba aproximando, según todos los cálculos, el final del milenio profetizado en el capítulo 20 de Apocalipsis según el cual el ángel

encierra al diablo en el abismo *usque non finiantur mille anni*: “hasta que pasen los mil años”. Después de ellos, tendría lugar la resurrección de aquellos que habían muerto por dar testimonio de Cristo y que no habían adorado a la Bestia. Ellos estaban llamados a reinar con Cristo mil años: *et regnabunt cum eo mille annos*.

Para Beato y según sus cálculos, estaba próximo su año Mil que iba a ser el inicio de otro milenio en el que los justos, superada la prueba del Anticristo, reinarían con Cristo en la tierra. Esos años no iban a ser metafóricos sino reales. Y lo expresa con claridad meridiana: *Hos mille annos de hoc mundo dixit, non de perpetuo saeculo; regnaturam ecclesiam mille annos, id est usque ad finem istius mundi*. O lo que es lo mismo: “Estos mil años se refieren a este mundo, no a la vida eterna. La Iglesia reinará durante mil años, esto es, hasta el final de este mundo”.

¿Qué dice el Apocalipsis al respecto? Leamos los primeros versos del capítulo 20, en la hermosa versión castellana de Cipriano de Valera:

1. Vi a un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano.
2. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años;
3. Y lo arrojó al abismo y lo encerró y puso su sello sobre él para que no engañase más a las naciones. Hasta que fuesen cumplidos mil años, y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo.
4. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar, y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vinieron y reinaron con Cristo mil años.
5. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.
6. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.

7. Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión,
8. y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar.
9. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y Dios descendió fuego del cielo, y los consumió.
10. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Así, pues, Beato no hablaba para un tiempo lejano, sino para un tiempo inminente: los mil años de la sexta edad, que habrían de cumplirse el año 800, estaban a punto de concluir. Entonces, derrotada la bestia y sus seguidores, los fieles *regnabunt cum eo mille annos*, no en la eternidad, sino en este mundo.

El año 800 pasó sin que la profecía anunciada se cumpliera. Pero las expectativas siguieron en pie. De hecho, volvieron a renacer -aunque no claramente vinculada al final de los tiempos aunque sí como preparación del triunfo del bien sobre el mal- a fines del siglo IX, durante el reinado de Alfonso III. El autor de este enigmático texto, tal vez un mozárabe toledano al servicio del rey asturiano, redactaría, en el año 883, la llamada *Crónica Profética* en la que se anunciaba el final de la dominación islámica en España. El autor interpreta la profecía de Ezequiel “anunciando a Ismael su entrada en la tierra de Gog y el dominio sobre sus gentes durante ciento setenta años. Transcurrido ese plazo Gog tomaría venganza e impondría a Ismael la servidumbre que de la había padecido”. No le fue muy difícil al autor de la *Crónica* identificar a Gog con los godos y a Ismael con los islamitas, y aún predecir cuándo se iba a producir el triunfo de los cristianos: si la invasión y conquista islámica de España tuvieron lugar en el año 711, los ciento setenta años se cumplirían exactamente el año 883. La división de al-Andalus y los triunfos militares de Alfonso III permitían esperar el cumplimiento de la profecía. Y así lo señala con claridad el cronista:

"También los propios sarracenos, por algunos prodigios y señales de los astros, predicen que se acerca su pérdida y dicen que se restaurará el reino de los godos por este príncipe nuestro; también por revelaciones y apariciones de muchos cristianos se predice que este príncipe nuestro, el glorioso don Alfonso, reinará en tiempo próximo en toda España" [*Princeps noster gloriosus dominus Adefonsus proximiori tempore in omni Spanie predicetur regnaturus*].

Pasó el tiempo y la profecía del mozárabe toledano no se cumplió. Pero permaneció viva la esperanza del gran acontecimiento anunciado por San Juan en su Apocalipsis. Esta seguridad hizo que sus *Comentarios sobre el Apocalipsis* fuesen ávidamente leídos y escrutados a lo largo de varios siglos como algo dotado de una enorme actualidad. Sin duda consolaron a los atribulados monjes del naciente reino de Asturias, como consolarían a los cristianos que vivieron aterrados en tiempos de Almanzor o en las cercanías del año Mil. Y de ahí su éxito y su extraordinaria difusión por España y por Europa. Porque, como ha escrito Umberto Eco, "quien leía el texto de Beato se enfrentaba con el final del Milenio como con un hecho histórico incontrovertible".

* * *

Si dijera que el Comentario de Beato de Liébana es un libro fácil de entender y de seguir no estaría diciendo la verdad. El libro de Beato es un libro difícil, farragoso y reiterativo, lo que no quiere decir que no sea interesante. Lo es y en grado sumo, aunque sólo fuese por un hecho: la enorme y difusión que alcanzó en España y en Europa a lo largo de más de 500 años. Buena parte de la razón de su éxito radica en el hecho de ser una verdadera enciclopedia de teología. Beato, con ese sentido acumulativo tan característico de la especulación teológica medieval, cita en su Comentario a numerosos autores, explica con detenimiento términos e instituciones, recopila información de todo tipo que va desgranando conforme avanza su exégesis del Apocalipsis. Así, por ejemplo, al comienzo del libro II analiza y explica el significado de términos tales como "ángeles" -al tiempo que ilustra su *excur-*

sus con referencias a los nombres de los más ilustres de entre ellos: Gabriel, Miguel, Rafael, Uriel; patriarcas y profetas; apóstoles- y de paso señala en qué países predicaron: y a este respecto, es el primer escritor en señalar que Santiago predicó en España, y otros muchos términos entre los que se incluyen sinagoga, secta, herejía, cisma y una serie de símbolos que aparecen de forma reiterada en el Apocalipsis tales como el *dragón*, del que se dice que *es una serpiente, es decir, el diablo... Él es también el Leviatán, es decir, la serpiente marina*; los tres *caballos malos*: el rojo, *sanguinolento y homicida*, el negro y el pálido, que *son uno solo, y su jinete es el diablo*, y la *bestia*, que son cuatro, aunque, en realidad, es una sola, dotada de siete cabezas y diez cuernos.

Esta última mención nos conduce al tema del simbolismo y significado de los números. “El Apocalipsis -escribe Freeman- está lleno de un simbolismo numérico oscuro”. Y, naturalmente, el Comentario de Beato de Liébana está también saturado de “consideraciones *numerológicas*”. La importancia que Beato da al número y a su significado era algo asumido por todos los teólogos medievales. Ya San Isidoro, en las *Etimologías*, escribió que “por medio del número se deduce todo el ordenamiento de la Iglesia, pues por el número somos educados para no equivocarnos. Quita al mundo el número y todo queda envuelto en la ciega ignorancia”. Estos cálculos o “convulsiones matemáticas” a que tan dado es Beato y que tanto nos desconciertan son algo más que juegos de números. Ahora bien, lo que Beato pretende con estas relaciones de unos números con otros no es otra cosa que descubrir, por medio de ellas, “las correspondientes ideas y actuaciones que convenían a los fieles en la vigilia del Último Día, y como previsiones de lo que el futuro prometía” (Freeman).

* * *

El gran momento del libro de Beato fue el siglo X, un siglo atormentado y duro, pleno de calamidades y miserias. En estos años difíciles, en los monasterios del norte de España, se copiaron e iluminaron los más hermosos manuscritos, de “fabulosa belleza”, como el de San Millán de la Cogolla (920-930); los de Magius, Valcavado y Gerona (ca. 970) y otros más difíciles de fechar, pero que indudablemente corresponden al siglo X: bea-

tos de Valladolid, San Pedro de Dueñas, Silos, la Seo de Urgell, Biblioteca Nacional y el Archivo Histórico Nacional, de Madrid, la Morgan New Library y otros...

Pero ciertos o no los terrores del Milenio, la verdad es que las miniaturas que ilustran los Beatos “fueron elaboradas exactamente en el mismo periodo en que florecen los legendarios terrores del año Mil”. “Legendarios -ha escrito Eco-, porque, aunque parece que en la última noche del milenio nadie estuvo aterrificado, lo que sí es seguro es que un vendaval de preocupaciones se difundió por la cultura europea antes del año Mil e inmediatamente después de él. Es decir, en la época en que las miniaturas mozárabes recogían, doscientos años después, el texto de aquél que tan puntillosamente había discutido el problema del fin del mundo”, Beato de Liébana.